

A woman with dark hair, wearing a black dress with white accents and a black hat, is looking out of the window of a dark-colored car. The background is blurred, suggesting an outdoor setting.

# A LA SOMBRA DE EINSTEIN

**La maravillosa mente  
de Mileva Marić**

**MARIE BENEDICT**

MARIE BENEDICT

A LA SOMBRA  
DE EINSTEIN

Traducción de Andrea Rivas Alamillo

Título original: *The Other Einstein*

© Marie Benedict, 2016

© por la traducción, Andrea Rivas Alamillo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-08-21524-0

Depósito legal: B. 17.866-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Mañana del 20 de octubre de 1896*  
*Zúrich, Suiza*

Alisé las arrugas de mi blusa recién planchada, re Coloqué el lazo de alrededor del cuello y acomodé un mechón de cabello en el moño firmemente apretado. La húmeda caminata por las calles brumosas hacia el campus del Instituto Politécnico Federal Suizo había descompuesto mi cuidadoso arreglo. La negación obstinada de mi oscuro y pesado cabello a mantenerse en su lugar me frustraba. Quería que cada detalle de aquel día fuera perfecto.

Enderecé los hombros para verme más alta y puse una mano sobre el pesado pomo de latón del aula. Grabado con detalles griegos, gastados por el paso de generaciones de estudiantes, el pomo hacía que mi mano de tamaño infantil pareciera aún más pequeña. Me detuve. «Gira el pomo y empuja la puerta —me dije—. Puedes hacerlo. Cruzar el umbral no es nada nuevo. Has pasado antes sobre la supuesta división insuperable entre hombres y mujeres en innumerables aulas. Y siempre has tenido éxito.»

Aun así, dudé. Sabía muy bien que, aunque el primer paso es el más difícil, el segundo tampoco es fácil. En aquel

momento, más que dándome ánimos, casi podía oír a papá apremiándome. «Sé valiente —me susurraría en nuestra nativa y poco usada lengua serbia—. Eres mudra glava. Una sabia. Tu corazón late con sangre de bandidos, nuestros ancestros eslavos, que recurrían a cualquier medio para cumplir su cometido. Cumple tu cometido, Mitza. Cumple tu cometido.» Nunca podría decepcionarlo.

Giré el pomo y la puerta se abrió de par en par. Seis rostros me miraron: cinco estudiantes en traje oscuro y un profesor con toga negra. Detecté sorpresa y desdén en sus caras pálidas. Nada —ni siquiera los rumores— había preparado a estos hombres para ver a una mujer en sus filas. Casi se veían tontos con los ojos saltones y las mandíbulas desencajadas, pero yo sabía lo suficiente como para atreverme a reír. Me propuse no prestar atención a sus expresiones, ignorar las caras pastosas de mis compañeros estudiantes, que estaban desesperados por parecer mayores de dieciocho años con sus bigotes exageradamente encerados.

La determinación por aprender física y matemáticas fue lo que me había traído al Politécnico, no el deseo de hacer amigos o complacer a los demás. Me recordé a mí misma este simple hecho mientras me preparaba para enfrentarme a mi profesor.

Heinrich Martin Weber y yo nos miramos. Con su larga nariz, sus espesas cejas y su barba meticulosamente recortada, la apariencia del renombrado profesor de física casaba con su reputación.

Aguardé a que hablara, hacer cualquier otra cosa habría parecido una insolencia. No podía permitirme otra marca más contra mi carácter, ya que mi mera presencia en el Politécnico era considerada por muchos como im-

pertinente. Caminaba sobre una delgada línea entre mi insistencia por seguir ese camino nunca antes andado y el conformismo que se esperaba de mí.

—¿Y tú eres...? —preguntó como si no me hubiera estado esperando, como si nunca hubiera oído hablar de mí.

—La señorita Mileva Marić, señor. —Recé para que no me temblara la voz.

Lentamente, Weber consultó la lista de la clase. Por supuesto, sabía perfectamente quién era yo. Puesto que era el director del programa de física y matemáticas, y dado que sólo cuatro mujeres habían sido admitidas antes de mí, yo había tenido que hacerle la petición directamente a él para entrar en el primer curso del programa de cuatro años, conocido como Sección Seis. ¡Él personalmente había aprobado mi ingreso! La consulta de la lista de clase era un descarado y calculador movimiento para telegrafiar su opinión sobre mí al resto de la clase, y con ello les daba licencia para seguir su ejemplo.

—¿La señorita Marić de Serbia o de algún país austro-húngaro por el estilo? —preguntó sin levantar la mirada, como si fuera posible que hubiese otra señorita Marić en la Sección Seis, una que proviniera de un lugar más respetable.

Con su pregunta, Weber dejó perfectamente clara su visión respecto al este eslavo de Europa: que nosotros, como oscuros foráneos, éramos de algún modo inferiores a las personas alemanas de Suiza. Era otra idea preconcebida que debería refutar si quería tener éxito. Como si ser la única mujer en la Sección Seis (tan sólo la quinta en haber sido *alguna vez* admitida en el programa de física y matemáticas) no fuese suficiente.

—Sí, señor.

—Puedes sentarte —dijo finalmente, e hizo un gesto hacia la única silla vacía, que por suerte era la más lejana a su tarima—. Ya hemos empezado.

¿Empezado? La clase no empezaba hasta dentro de quince minutos. ¿Les habían dicho a mis compañeros algo que no me habían dicho a mí? ¿Habían conspirado para encontrarse antes? Quería preguntar, pero no lo hice; discutir sólo habría alimentado el fuego contra mí. De todos modos, no importaba. Simplemente llegaría quince minutos antes al día siguiente. Y cada vez más temprano si era necesario. No me perdería una sola palabra de las lecciones de Weber. Estaba equivocado si pensaba que un inicio prematuro me disuadiría. Era digna hija de mi padre.

Hice un gesto de asentimiento a Weber y miré el largo camino desde la puerta hasta mi silla, calculando el número de pasos que tendría que dar para cruzar la habitación. ¿Cuál era la mejor manera de manejar la distancia?

Con el primer paso, intenté mantener la postura y esconder mi cojera, pero el sonido de mi pie cojo arrastrándose sonó en toda el aula. En un impulso, decidí no enmascararlo lo más mínimo. Lo mostré plenamente para que todos mis colegas vieran la deformidad que me ha marcado desde que nací.

Golpear y arrastrar. Una y otra vez. Dieciocho veces hasta que alcancé mi silla. «Aquí estoy, caballeros —sentí que decía con cada golpe de mi pie cojo—. Echen un vistazo; supérenlo.»

Sudando por el esfuerzo, me percaté de que la clase se hallaba en completo silencio. Estaban esperando a que me sentara y, quizá avergonzados por mi cojera o mi sexo o ambas cosas, mantenían los ojos apartados.

Todos excepto uno.

A mi derecha, un hombre joven con una desordenada mata de rizos castaños me observaba. Insólitamente, me encontré con su mirada. Pero incluso cuando lo miré con la cabeza alta, retándolo a burlarse de mi esfuerzo, sus ojos entornados no se desviaron, sino que se formaron pequeñas arrugas en las comisuras y sonrió a través de la oscura sombra de su bigote. Una mueca de gran desconcierto, incluso de admiración.

¿Quién se creía que era? ¿Qué significaba aquella mirada?

Pero yo no tenía tiempo para pensar en eso. Tomé asiento. Alcancé mi bolsa, saqué papel, tinta y una pluma y me preparé para la lección de Weber. No dejaría que la atrevida y despreocupada mirada de un compañero privilegiado me confundiera. Vi que el profesor era consciente de que mi compañero me observaba, pero actué como si nada.

Weber, sin embargo, no se mostró tan indulgente. Mirando al joven, se aclaró la garganta, y cuando el estudiante no redirigió sus ojos hacia la tarima, el profesor dijo: «Quiero la atención de toda la clase. Ésta es su primera y última advertencia, señor Einstein».



*Tarde del 20 de octubre de 1896*  
*Zúrich, Suiza*

Al entrar en el recibidor de la pensión Engelbrecht, cerré la puerta silenciosamente detrás de mí y le di el paraguas empapado a la sirvienta. Llegaron risas hasta la entrada, provenientes del salón. Sabía que las chicas me esperaban allí, pero aún no me sentía con ánimos para un bienintencionado interrogatorio. Necesitaba estar un rato a solas para pensar sobre mi día, aunque fueran únicamente unos pocos minutos. Tomándome tiempo para pisar suavemente, empecé a subir las escaleras hacia mi habitación.

Crac. Maldito sea ese escalón suelto.

Helene emergió del salón con la falda gris ondeando tras ella y una humeante taza de té en la mano. «Mileva, ¿te estábamos esperando! ¿Lo has olvidado?» Con su mano libre, cogió la mía y me llevó hasta la sala pequeña, que nosotras llamábamos «el cuarto de juegos»; nos sentíamos con derecho a llamarlo así, ya que nadie más lo usaba.

Me reí. ¿Cómo habría resistido los últimos meses en Zúrich sin esas chicas? Milana, Ružica y, sobre todo, Helene, una hermana espiritual con un gran ingenio, modales

amables y, curiosamente, una cojera similar a la mía. ¿Cómo había podido pasar ni un solo día sin tenerlas en mi vida?

Hace muchos años, cuando papá y yo llegamos a Zúrich, no podría haber imaginado siquiera amistades como éstas. Mi juventud, marcada por mis compañeros de escuela —alienación en el mejor de los casos, burlas en el peor—, había sido una vida de soledad y conocimiento. O eso pensaba.

Cuando bajamos del tren tras un viaje a empujones de dos días desde nuestro hogar en Zagreb, Croacia, papá y yo estábamos un poco temblorosos. El humo del tren ondeaba por toda la estación de Zúrich, y yo tenía que esquivar a la gente en el andén. Con un *satchel* en cada mano, uno de ellos muy pesado con mis libros favoritos, me tambaleaba un poco mientras caminaba por la concurrida estación, seguida por papá y un hombre que llevaba nuestras maletas. Papá corrió a mi lado para ayudarme con los *satchels*.

—Papá, puedo hacerlo sola —le insistía yo mientras trataba de liberar mi mano de la suya—. Tienes tus propias maletas que cargar y sólo dos manos.

—Mitza, por favor, déjame ayudarte. Puedo llevar con facilidad una maleta más que tú —rio—. Sin mencionar que a tu madre la horrorizaría que te dejara peleando con tantas maletas por toda la estación de Zúrich.

Bajé la maleta al suelo, él continuó aferrándose la mano.

—Papá, debo hacerlo sola. Después de todo, voy a vivir sola en Zúrich.

Me miró un largo rato como si la idea de mí viviendo

en Zúrich acabara de registrarse en su mente, como si no hubiésemos trabajado por esa meta desde que era pequeña. Reticente, dedo a dedo, liberó nuestras manos. Era difícil para él, y lo entiendo. Si bien sé que parte de papá disfrutaba con mi búsqueda de una educación excepcional, mi escalada le recordaba su duro trabajo para ascender de campesino a exitoso burócrata y propietario de tierras, y a veces me pregunto si se sentía culpable por impulsarme a mi precario camino. Había pensado durante tanto tiempo en el premio de mi educación universitaria que supongo que nunca vislumbró despedirse de mí realmente y dejarme en este lugar extranjero.

Salimos de la estación y nos detuvimos en las ajetreadas calles de Zúrich. La noche comenzaba a caer, pero la ciudad no estaba oscura. Me encontré con la mirada de papá y sonreímos asombrados; sólo habíamos visto una ciudad iluminada por el habitual brillo turbio de las lámparas de aceite. Luces eléctricas iluminaban las calles de Zúrich, y eran inesperadamente brillantes. Bajo su brillo, podía ver los detalles más finos en los vestidos de las damas que pasaban a nuestro lado; sus adornos eran más elaborados que los de la sobria vestimenta de Zagreb.

Los caballos de un coche de alquiler pasaron sobre los guijarros de la estación y papá llamó al chófer. Mientras el hombre desmontaba para cargar nuestro equipaje en la parte trasera del vehículo, me envolví en mi chal buscando calor en el aire frío de la tarde. La noche antes de partir, mamá me había regalado el chal con rosas bordadas, con lágrimas pendiendo de las comisuras de sus ojos pero sin llegar a caer. Sólo más tarde comprendí que el chal era su abrazo de despedida, algo que podía tener conmigo, ya

que ella debía quedarse en Zagreb con mis hermanos pequeños Zorka y Miloš.

Interrumpiendo mis pensamientos, el chófer preguntó:

—¿Están aquí para ver los monumentos?

—No —respondió mi padre con un acento apenas perceptible.

Siempre había estado orgulloso de su alemán sin errores gramaticales, la lengua hablada por los que tenían poder en Austria-Hungría. Era el primer paso que había dado para iniciar su escalada, solía decirnos cuando nos incitaba a practicarla. Hinchando ligeramente su pecho dijo:

—Estamos aquí para matricular a mi hija en la universidad.

Las cejas del chófer se levantaron con sorpresa, pero se guardó la opinión.

—Universidad, ¿eh? Entonces supongo que irán a la pensión Engelbrecht o a alguna de las otras pensiones de Plattenstrasse —dijo mientras sostenía abierta la puerta del coche para que entráramos.

Papá hizo una pausa mientras esperaba a que yo me acomodara y luego le preguntó al conductor:

—¿Cómo sabe nuestro destino?

—Ahí es adonde llevo a muchos de los estudiantes del este de Europa para alojarse.

Escuchando a papá gruñir como respuesta cuando se deslizó a mi lado, me di cuenta de que no sabía cómo interpretar ese comentario. ¿Era un insulto a nuestra herencia del este? Habíamos oído que, a pesar de que habían mantenido firmemente su independencia y neutralidad frente al despiadado imperio europeo que los rodeaba, los suizos bajaban la vista ante cualquiera procedente del Im-

perio austrohúngaro. Sin embargo, eran también las personas más tolerantes en otros aspectos; por ejemplo, a la hora de admitir a mujeres en las universidades. Una confusa contradicción.

Apuntando a los caballos, el conductor hizo sonar la fusta en el aire y el coche avanzó con un ritmo constante, calle abajo. Esforzándome por mirar a través de la ventana salpicada de barro, vi un tranvía eléctrico que zumbaba cerca del coche.

—¿Has visto eso, papá? —pregunté.

Había leído sobre tranvías, pero nunca había visto uno. Su visión me llenó de regocijo; era la prueba tangible de que la ciudad tenía un pensamiento avanzado, al menos en cuanto a transportes. Sólo podía esperar que la forma en que los ciudadanos tratasen a las estudiantes fuera tan avanzada como decían los rumores que había escuchado.

—No lo he visto, pero lo he oído. Y lo he notado —respondió papá con calma, y me apretó la mano.

Yo sabía que estaba emocionado, pero que quería parecer sofisticado. Especialmente tras el comentario del chófer.

Me volví para abrir la ventana. Escarpadas y verdes montañas enmarcaban la ciudad, y juro que pude oler hojas perennes en el aire. Seguramente, las montañas estaban demasiado lejos como para compartir la fragancia de sus abundantes árboles. Sin importar la fuente, el aire de Zúrich era, con mucho, más fresco que el de Zagreb, que siempre olía a caballo y cultivos quemados. Quizá la esencia venía del aire fresco que volaba desde el lago de Zúrich que bordeaba el lado sur de la ciudad.